

I

OCTUBRE 1971 / ENERO 1972

DE LUIS A ESTEBAN

Bogotá, martes, octubre 5. 1971

Mi amigo: Estoy enamorado, hermano. Perdida, locamente enamorado. La conocí antier, desde antier estamos encerrados aquí y, mientras en Bogotá llueve y llueve, nosotros no hemos sentido ni el día ni la noche. Es divina. Ahora está en la ducha porque tiene que volar a una clase, pero ya la verás cuando salga, ojalá desnuda para que observes esa porcelana, esta pequeña bailarina delgadita y frágil, sonriente y siempre fresca como una flor mañanera. Es hermosísima. Estudia periodismo y está enamorada de mí. Nos amamos. La adoro, mamacita. Se llama Raquel Uribe y es de Medellín. Imagínate, los dos de allá y venir a tropezarnos aquí. Claro que allá no habría sido posible: yo proleto, ella rica, de El Poblado o de Laureles. Tú debes conocer al papá. Se llama, creo, Rafael Humberto Uribe o Raúl Humberto Uribe, al fin ni sé, aunque no creo que falle en el Humberto. Qué importa, si lo único que importa es esta especie de delirio, de perfección. Tienes que venir rápido a conocerla. Juro que se harán íntimos amigos y que tendré celos de ustedes.

Brinda por mí, mi querido Juan Estorban.

Luis

* * *

DE ESTEBAN A LUIS

Medellín, martes, octubre 12. 1971

Mi querido Lius: “Lius” viene de líos. ¿En qué te metiste? ¿En eso del amor? Pues si va en serio, enhorabuena, brindo, o mejor, brindaré esta noche, que voy a una fiesta con la gente de la emisora.

Ésta es una rumba continua y no he tenido tiempo de seguir trabajando en mis poemas. Además no estoy enamorado como tú. Y estar enamorado debe ser mejor que ser poeta. Pero tengo que persistir y tener el libro listo para el concurso de Cúcuta. Los jurados son Quessep, Jaime García Maffla y Darío Jaramillo. ¿Qué sabes de ellos? Yo sólo conozco cositas de Quessep. Tengo que tener el libro en abril. Creo que se va a llamar *El azar de no ser*. Ya hablaremos aquí en Medellín. Porque vendrás, ¿no? Perdón: vendrán. Creo que aquí conoceré a tu porcelana.

Estás tan tragado que ésta es la primera carta donde no me dices que le dé vuelta a tu madre. Y tranquilo que no lo haré: apenas me vea la cara, doña Gabriela me va a preguntar qué pasa. Tu madre adivina todo sin que uno se dé cuenta cómo, de tal manera que me espero a que seas tú —qué dicha, Lucho— quien le informe a tu madre de tu romance.

Fanfarria. Platillos. A continuación, rataplán, breve retrato hablado de, fanfarria, Rafael Humberto Uribe, fanfarria, más conocido como Rafauribe en los círculos sociales de la capital de Antioquia. El señor ha sido el eterno empleado, administrador de una agencia de textiles de unos Restrepos. Como verás, Jaramillo, aquí en estas tierras todo es muy variado. No solamente hay Jaramillos, sino que también hay Uribes y Restrepos. Idea para una novela: todos los personajes tienen el mismo apellido, sin parentesco, desconocidos entre sí, todos Jaramillos. Don Rafa ha vivido en barrio rico sin ser rico. Tiene finquita en Rionegro o en La Ceja como cualquier rico. Como cualquier rico es socio del Club Unión y del Club Campestre. Pero vive de un sueldo que debe ser muy bueno, como su fama de que sabe todo de textiles. Su mujer lo dejó por un psicoanalista y ahora vive en Bogotá (la porcelana nunca te habló de ella, ¿verdad?). Él crió tres hijas como princesas, pero las princesas no heredarán nada. La mayor se llama Claudia y creo que vive hace años en Nueva York. La segunda se llama María y está casada con un tipo en ascenso. María se está llenando de hijos y el marido de billetes. Él es del directorio liberal y personaje de toda campaña cívica que se arma en este de-

partamento. Pero Rafauribe es insuperable: caballero de la orden del Santo Sepulcro, desfila en las procesiones de Semana Santa. Es amigo del arzobispo y de todos los señorones de la villa. Sus hijas se codean con la jai de la jai, pero no son sino apellido. Cuidado te desnucas que estás revoloteando alrededor de un heliotropo.

Preocupación pornográfica: ya casado, tendrás que bajar el colchón al piso: adivino que en ese maletero que tienes por cama no puedes hacer el amor cómodamente. De pronto se te quiebra la porcelana.

Celosísimo,

Esteban

* * *

DE LUIS A ESTEBAN

Bogotá, lunes, noviembre 15. 1971

Juan Estonto: Eres un hijo de puta. Lo que más detesto es que no le puedo mostrar tu carta a Raquel. Me da pena. Pero tranquilo que el colchón baja hasta la tierra cuando tenemos tiempo. Además aquí hay un sofá. Y un baño. Y hasta una cocina, mi querido pornógrafo. Es la hora de recordar tu comentario cuando conociste mi apartamento: “es tan pequeño que no cabe sino una persona; si dos están ahí, es para hacer el amor; por eso no es pequeño sino pe-coño”. Ahora vivimos juntos mi porcelana y yo. A propósito, te advierto que yo soy el único que puede llamarla “porcelana”. Es parte de nuestro lenguaje privado. Nacimos el uno para el otro y ahora me parece imposible vivir sin ella. ¿Quién era yo antes de conocerla? Antier llegué y no estaba; después de dos horas, desesperado, me fui para la universidad donde estudia y me planté en una mesa de la cafetería. Ella pasó sin verme y cuando ya daba la espalda, de súbito, se quedó como paralizada, completamente quieta, y se dio media vuelta, se quedó mirándome, por un instante seria, perdida y después se enflecho hasta mi mesa con una

sonrisa más grande que el planeta tierra y me dijo que había sentido mi mirada y que por eso había dado media vuelta. Yo no sabía cómo decirle que me vine hasta allí porque no podía estar sin ella. Y ella que me dice eso y a mí que se me llenan los ojos de lágrimas de emoción, como si tuviera la prueba palpable de la materialidad del amor.

Le encantan los Rolling Stones, los Beatles, Armando Manzanero. Confiesa que conmigo se está enviando con Wolfgang Amadeus. Una obligación de toda persona debería ser Mozart al levantarse; habría menos violencia en el mundo. Ahora cerró la ducha, se seca canturreando algo que no alcanzo a entender. Está saliendo, veo su sombra contra la puerta del clóset, es un ángel, una aparición. Creo que no la dejaré ir adonde va ahora. Mentiras: debe vivir su vida. Si me vieras: yo que te decía que no toleraba a nadie mientras estudiaba, ahora me concentro como un campeón de ajedrez en su partida definitiva y ella camina a mi alrededor sin posar los pies sobre la tierra. De repente, aparece con un café en medio de las *Prosas profanas* o de *Los raros*. Navego dichoso en Rubén Darío y la tesis avanza. Adoro su prosa, pero sé que sería kitsch escribir hoy como él lo hacía. El que escriba con el oído de este tiempo, el que capture su poesía más esencial —que ignoro por completo— ése será el clásico de esta época, lo cual traduce el dudoso privilegio de que algún estudiante de tesis, enamorado, lo lea con gozo dentro de cien años.

En fin, divago, pero ya que estoy metido con los poetas: el título de *El azar de no ser* me parece cacofónico, filosófico y negativo. Habrá que ver los poemas; cuando vaya a la villa, Jaramillo los pillará... ¿De acuerdo, Juan Espinilla?

Ahora alzo los ojos y mi porcelana ya está vestida. Me dice:

—No trabajas en tu tesis...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando trabajas tus ojos están entrecerrados y ahora escribes con los ojos completamente abiertos.

Con los ojos completamente abiertos. ¿Se da cuenta, hermano, todo lo que la quiero? Aproveche, Juan Estuche, la lucidez de este

crítico literario experto en el modernismo. ¡Ah!, ya sé lo que quiere decir “de Quessep conozco algunas cosas”: que no has leído nada de él. En la biblioteca de la universidad, allá, debe estar *El ser no es una fábula*. Léalo, provinciano ignorante, que tiene muy buenos poemas. Quessep fue profesor mío y sabe jurgos. García Maffla es profesor en Los Andes y el otro no sé quién es. ¡Nombran unos desconocidos como jurados!

Aparece con dos cafés. ¿Te das cuenta? Ni siquiera la noto. Pero no deja de estar presente. Como el aire. Entre el aire de la frase anterior y ésta, hay una larga despedida, un abrazo en que temblamos en un beso largo, las lenguas jugueteando y luchando. Cada contacto de las pieles es un largo estremecimiento, una emoción del todo nueva.

¿Quieres confesiones? (Ya te veo aprovechando este momento mío de debilidad. Nadie está más indefenso que un ser enamorado. Ya te veo burlándote de mí por lo que te voy a contar, pero no importa, Juan Estrábico.) ¿Quieres confesiones? Pues has de saber que a mis veinticinco años nunca había hecho el amor estando enamorado. Y es algo distinto, nuevo, que tiene una intensidad que no posee la sola fuerza del orgasmo. La confesión es ésta: yo creía que era impotente o que tenía rastros de un puritanismo muy explicable para quien conozca a mi mamá. Sospecho que perdí la virginidad a la fuerza. En el vecindario vivía Stella –¿te acuerdas de Stella?– y Stella te hacía ver estrellas cuando se lo chupaba a uno. Las mamadas de Stella fueron la experiencia sexual más intensa que tuve hasta conocer a Raquel. Cuando, borrachitos adolescentes íbamos donde las putas, a mí me daba trabajo que se me parara y cuando, aún con todas sus habilidades profesionales, la puta de turno no lo lograba, mi paga era por su silencio. Cuando conseguía el repetido milagro de la erección hasta la eyaculación, todo lo que me quedaba después de una especie de descarga eléctrica era un hastío infinito, una soledad infinita, unas infinitas –inexplicables– infantiles ganas de llorar. Ahora, por fin el amor.

La otra confesión es que leemos en voz alta los *Veinte poemas* de Neruda.